3116

DE LA COCINA AL ESTRADO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

por

ENRIQUE RODRIGUEZ SOLÍS.

V ESPAÑA V

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1870.

9

DE LA COCINA AL ESTRADO

SAINETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

ANTONIO RODRIGUEZ SOLÍS

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACIÓN TIPOGRÁFICA
OFICINAS: PAZ 30, 2.º
1870.

DE LA COCINA AL ESTRADO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

por

ENRIQUE RODRIGUEZ SOLÍS.

REPRESENTADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO DEL RECREO LA NOCHE DEL 5 DE MAYO DE 1870.

LIBRERÍA DE F. GARCÍA
Horno de la Mata, 18
MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE M. ALVAREZ,
calle de San Pedro, núm. 16.
1870.

Esta obra es propindad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías dramáticas y líricas de los señores Gullon é Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LOS SEÑORES

DON MANUEL FERNANDEZ DURAN (marqués de Perales),

Y Á

D. MANUEL PARDO Y BARTOLINI.

Mis queridos amigos: Todo hombre honrado debe ser agradecido; yo que me precio de ser lo primero, aspiro á demostrar que soy tambien lo segundo.

Hagamos historia.

El partido republicano federal, al que tengo la honra de pertenecer, fué vencido en su lucha con el Gobierno en Octubre último; yo habia tomado parte en esa lucha: por todas partes nos persigen, y á ustedes debí la *hospitalidad* primero, y despues la huida á extranjera tierra y con ella la *libertad*.

No he olvidado semejante favor y no quisiera olvidarlo nunca.

Esta pequeña obra, que tan lisongera acogida ha merecido del público, fué escrita en Francia, á donde pude llegar gracias á ustedes; justo es, por tanto, que ocupen sus nombres la primera página.

Desgraciadamente no militamos en el mismo campo; pero tengo la firme conviccion de que liberales tan buenos y probados como ustedes, vendrán en un plazo más ó menos breve, pero nunca lejano, á aumentar las filas del gran partido republicano federal único que puede labrar la felicidad de nuestra querida pátria.

Les estrecha fuertemente la mano su buen amigo,

ENRIQUE RODIGUEZ SOLÍS.

Madrid y Mayo de 1870.

676552

PERSONAJES.	ACTORES.
Florinda.	Sta. Védia.
Catalina.	Sra. Saavedra.
D. Feliciano.	Sr. Banovio.

DOS PALABRAS.

Creo un acto de justicia consignar en estos cortos renglones el agradecimiento que debo á mi buen amigo Ramon Mariscal, por el interés que se ha tomado en que este pobre juguete llegára á representarse.

No concluiré sin dar las más espresivas gracias á las simpáticas actrices Srta. Védia y Sra. Savedra, y á mi antiguo amigo el Sr. Banovio.

El lisongero éxito que ha obtenido la obra, se debe á los distinguidos artistas que en ella han tomado parte y en consignarlo públicamente tiene un verdadero placer, su buen amigo

E. Rodriguez Solís.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada: puertas laterales y al fondo. Velador á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

FLORINDA.

Aparece FLORINDA *en la puerta del fondo dirigiéndose al interior como si hablara con alguien. Trae un plumero y una carta.*

Gracias, señora Catalina, mil gracias, y procure usted bajar al instante. Es una carta que acaban de traer para mi amo. «Al Sr. D. Feliciano Pereira, propietario.» ¡Propietario! ¡Bonita carrera! Y pensar que hay en el mundo tantas gentes que viven así, con este empleo... como mi amo, el Sr. Pereira, que no ha tenido más trabajo que nacer para recoger los treinta y cuatro mil reales de renta que su padre le habia ganado, sirviendo al público durante treinta y cuatro años, comidas á treinta y cuatro cuartos, cuyos estragos en los inocentes y honrados consumidores eran más terribles que un cometa. ¡Hé aquí las injusticias del mundo! Y mientras yo, Florinda Remolacha, más colorada que una idem, doncella .. de labor, y vacunada por añadidura, poseyendo un físico bastante... bastante regular, vamos; con algunas habilidades y veinte abriles, me veo reducida al estado de cocinera y ama de llaves del Sr. Pereira .. de un solteron, que hace versos, y requiebra á todas las muchachas de la vecindad, y que me echa unas miradas... (*Se oye una campanilla al foro derecha*).

¿Llaman? Es á la puerta de la escalera. Veamos... ¡ah! ¡Es la señora Catalina, la portera! . .

ESCENA II.

FLORINDA Y CATALINA.

CATALINA.—La misma que viste y calza. ¡Jesús, jesús! No hay cosa peor en el mundo que el ser doméstica, y de gentes que en toda su vida han tenido *prencipios*, ni crianza..

FLORINDA.—?Qué le pasa á usted?

CATALINA.—Me pasa, que la señora del cuarto segundo, que en toda su vida ha hecho otra cosa que fregar platos, y que gracias á sus milindres y artimañas engatusó al Sr. D. Toribio, y le obligó á que se casara con ella, me ha llamado para reprenderme, porque dice que la escalera no se barre nunca.

FLORINDA.—(Y dice muy bien). ¿Es posible?

CATALINA.—Como usted lo oye. No, pues conmigo que no gaste chanzas, porque si se me suelta la sin hueso...

FLORINDA.—¿Qué hará usted?

CATALINA.—Decirle cuatro frescas bien dichas á esa doña Maritornes con *meriñaque* y capota.

FLORINDA.—Deje usted eso, y hablemos de lo que interesa. Es preciso que al instante se llegue usted á la plazuela, y compre una perdiz parael amo. Ya sabe usted lo que le gustan.

CATALINA.—*(Mirando y sonriendo maliciosamente).* Sí: pero tambien sé que usted sabe preparárselas de un modo que en canta. ¡Qué lástima de muchacha! (*Cambiando de tono*). A pesar de guisar con tanto primor, usted no ha nacido para cocinera.

FLORINDA.—¿De veras, señora Catalina?

CATALINA.—Sí, hija mia, sí. Con una cara lo mismo que un clavel, y unas manos que parecen de nieve, tan linda, y sirviendo á un solteron viejo y propietario... ¡Ay! Si yo me hallara en su caso...

FLORINDA.—¿Qué haria usted?

CATALINA.—¿Qué...? (*Mirándolala con malicia, dice de pronto*). Nada; me voy por la perdiz. (*Marchándose*).

FLORINDA.—No, señora; es preciso que antes me diga usted... (*Deteniéndola*).

CATALINA.—Lo que haria eh...? Marear al viejo de D. Feliciano con esos ojos tan hermosos y tan tunantes; sonreirle con esos lábios de coral, y despues...

FLORINDA —(*Con interés*). Despues ¿qué...?

CATALINA.—Despues... Nada, me voy por la perdiz. (*Marchándose.*)

FLORINDA.—Pero oiga usted...

CATALINA.—Me voy á la plazuela, y de paso á ver si han dejadó en la portería el periódico de D. Feliciano. . ¡Ay, de qué buena gana la veria yo á usted esposa del Sr. Pereira!

FLORINDA.—¿Está usted loca?

CATALINA.—¡Cómo loca! ¡Algo mejor señora haria usted que no esa marmota del cuarto segundo, más fea que *Picio*. Si llegara ese caso...

FLORINDA.—¿Qué dice usted?

CATALINA.—(¡Qué no llegará!) Si llegara, exijo que me tenga usted presente para ocupar la vacante.

FLORINDA.—¿Qué vacante?

CATALINA.—La de usted, ángel de Dios, la vacante del puesto que hoy ocupa, del puesto de ama de llaves...

FLORINDA.—No diga usted locuras. Casualmente D. Feliciano se

halla estos dias triste y caviloso... y por algunas palabras que le he oido, me parece que piensa en casarse...

CATALINA —¡Atrevido! (*Incomodada*). ¿Y con quién?

FLORINDA.—Con la señorita Inocencia.

CATALINA.—¿La hija del pastelero?

FLORINDA.—La misma.

CATALINA.—¡Ah, tacaño! Cuanto más feliz seria con usted y conmigo...

FLORINDA.—¿Con las dos...?

CATALINA.—Quiero decir, con usted de esposa, y conmigo de .. Hasta luego, me voy por la perdiz. (*Vase*).

ESCENA III.

FLORINDA.

¡Ama de gobierno de un soltero! Este empleo que á la señora Catalina le parece tan bueno, para mí no es más que un tormento horroroso. ¡Todo el dia esclava de la campanilla! A cada momento la voz del amo que grita; Florinda, el chocolate, Florinda, el periódico, Florinda, el almuerzo; ¡y qué almuerzo! Porque el Sr. D. Feliciano es un verdadero gastrónomo. Y cuando llegada la noche cree una descansar, es preciso estar alerta esperando que el amo vuelva del teatro ó del café, y entonces vuelva á lo mismo: Florinda el thé, Florinda el gorro de dormir, Florinda... etc., etc... (*Cambiando de tono*). ¡Qué hubiera sido de mí en esta casa sin mi talento y sin mi virtud. Una virtud fundada en los más severos principios de moral; la virtud, que es una de las prendas más necesarias... en las amas de gobierno. (*Dándose mucha importancia*). No obstante, preciso es confesar que he sido afortunada. El Sr. Pereira es un soltero bonachon y pacífico, y no muy gruñon, á pesar de sus cuarenta y cinco años Es cierto que hace versos, y la echa de poeta y de galan, pero es un galan... viejo. Y pensar que este hombre se decida á sus años á ser marido de la señorita Inocencia Lista... una chicuela de quince años que le hará ver lo blanco... negro. Y no hay duda, anoche cuando su padre estuvo á ver el amo hablaron de firmas y de contratos... ¡No sé por qué, pero desde que he sabido este casamiento estoy tan agitada... tan nerviosa! (*Con entonacion dramátisa exagerada*).

Soy yo tan impresionable!.. y luego este casamiento me dá una pena..... Estaba yo tan acostumbrada al carácter de mi amo... le hacía yo las *cosas* con tanto cariño... que creo que hubiera pasado toda mi vida sirviéndole!... *(Se oye la campanilla en la puerta izquierda.)*

¡Ay, el amo! esa campanilla me ataca á los nervios... no estoy mala, pero estoy nerviosa... y luego, lo que ha dicho la señora Catalina de que yo podia llegar á ser la esposa de D. Feliciano... *Campanillazo.*

D. Feliciano.—(*Dentro*); Florinda!

Florinda.—Allá voy señor, allá voy! *(Se pone á limpiar los muebles precipitadamente; campanillazos*

¡Ay otra vez los nervios: decididamente estoy muy nerviosa, mucho. Allá voy, señor, allá voy!

ESCENA IV

Florinda y D. Feliciano *que sale por la puerta de la izquierda con el cordon de la campanilla en una mano, en la otra el sombrero y el cepillo; el frac sobre el hombro y una corbata blanca, y el paraguas bajo el brazo.*

D. Feliciano.—(*Remedándola*) «Allá voy señor, allá voy?

¿Está usted sorda, señorita? (*Incomodado.*)

Florinda.—(*Sonriendo.*) No señor.

D. Feliciano.—Hace dos horas que estoy llamando.

Florinda.—Estaba ocupada (*sonriendo.*)

D. Feliciano.—¿En qué?

Florinda.—En limpiar el polvo á los muebles.

D. Feliciano.—No se trata de eso, sino de mi corbata y de mi sombrero. Desde luego, póngame usted la corbata.

Florinda.—*(Deja el cepillo sobre una silla y el sombrero y le pone la corbata.)* ¡Hola, hola!... Corbatita blanca, y la bordada!... *(con disgusto.)*

D. Feliciano.—Pues ya lo creo...

Florinda.—¡Ay mis nervios!... mis nervios!. . (*Apretándole el lazo)*

D. Feliciano —Ay, ay!... que me ahogas!... No aprietes tanto, desdichada!...

Florinda.—(Si no me contuviera!...)

D. Feliciano.—(*Mirándose al espejo)* ¡Ajá, esto vá bién! Ahora el sombrero!...

Florinda.—*Toma el sombrero y el cepillo.* Algo grave debe ocurrir cuando usted se pone tan elegante. .

D . Feliciano.—Poca cosa, poca cosa!... (*con fatuidad.)*

Florinda.—(Ay mis nervios, mis nervios!...) *Cepillando el sombrero al revés.*

D. Feliciano.—¿Qué te pasa?

Florinda.—Nada, señor, nada. ¿Será quizás para ir en casa de la señorita Inocencia por lo que usted se pone la corbata bordada y el sombrero nuevo?...

D. Feliciano.—Precisamente. ¿Qué hay en eso de particular?...

Florinda —Nada, señor, nada. (¡Ay mis nervios, mis nervios!... *(Aplastando el sombrero.*

D. Feliciano.—(Decididamente esta muchacha tiene algo)... ¿Qué estás haciendo, infeliz? *(Viendo el sombrero apabullado.)*

Florinda.—¿Qué? Ponerlo de buena forma. *(Con la mayor naturalidad metiendo rápidamente la mano dentro de la copa y ahuecándolo para que tome su primitiva forma.*

D. Feliciano.—¡Desgraciada, si está todo erizado?... (*Dándole vueltas.)*

FLORINDA.—Son los nervios, señor!...

D. FELICIANO.—Ah, ¿son los nervios? Será preciso comprar otro; y yo no puedo ir con este espantajo á casa de mi futura. Ay, Inocencia, y cuanto te amo. (*Cogiéndole la mano.*) Dime Florinda, ¿cómo me encuentras?

FLORINDA.—(*Mirándole*) *Insustancial!...*

D. FELICIANO.—Hé ahí un adjetivo bien poco alhagüeño. (Sospecho que esta muchacha no tiene la menor nocion de buen gusto.) A propósito, señorita; tengo que dirigir á usted algunas reconvenciones.

FLORINDA.—Cómo, señor!

D. FELICIANO.—De algun tiempo acá se descuida usted demasiado...

FLORINDA.—No es posible!...

D. FELICIANO.—(*Incomodado.*) Repito que se descuida usted. Todas las salsas parecen agua de castañas y los asados tizones. Olvida usted completamente mis encargos y... Ayer, ayer mismo por ejemplo, encargué á usted que me pusiera una tortilla á las finas yerbas... ¿por qué no tuve la tortilla á las finas yerbas?

FLORINDA —¿Por qué? *(Confusa, dice de pronto.)* Porque la frutera no tenia mas que zanahorias.

D. FELICIANO.—El otro dia te pedí una chuleta asada y me presentastes un tizon.

FLORINDA.—(*Afligida.*) Es que usted es muy difícil de contentar... y por una vez que he faltado...

D. FELICIANO.—Pero desgraciada, ¿tú no sabes que la menor falta culinaria, es una de las mayores catástrofes que pueden ocurrir? ¿Ignoras los males que puede causar el introducir una cosa por otra en el paladar de un hombre de gusto? ¿No comprendes que una expléndida comida es el mayor de los placeres, la única, la verdadera felicidad en la tierra?

FLORINDA.—¡La verdadera felicidad!

D. FELICIANO.—*(Con tono doctoral.)* Precisamente. Escucha. El avaro y el prestamista no pueden dormir cerca de su oro que á cada momento temen perder: el amante no descansa al lado de su adorada, por temor de que se la roben. ¡Pero el gastrónomo... al mirar una expléndida mesa, al contemplar aquel aspecto encantador, al saborear aquellos ricos manjares y aquellos espumosos vinos, se cree transportado al paraiso, y rinde sus estomacales homenajes al Criador.

FLORINDA.—*(Asombrada).* (¡Parece un diputado!)

D. FELICIANO.—Me hás entendido?

FLORINDA.—(Ni una palabra.) Si señor.

D. FELICIANO —Afortunadamente dentro de pocos dias habrá aquí una persona que pondrá en órden todo esto.

FLORINDA.—*(Asustada)* Cómo, señor?

D. FELICIANO.—Sí, Florinda, sí; escucha este secreto que voy á confiar á tus oidos de... cocinera.

FLORINDA.—Ya escucho, señor!... (*Afijida.*)

D. FELICIANO —Sabe pues qus hoy á las doce se firma mi contrato de boda, y antes de quince dias me caso.

FLORINDA —(¡Quince dias, gran dios!) ¿Y con quién, señor?

D. Feliciano.—Con la señorita Inocencia de Lista.

Florinda —¿La de Aranjuez?

D. Feliciano.—La misma.

Florinda.—(¡Ay mis nervios, mis nervios!) Con la señorita Inocencia, la pastelera?

D. Feliciano.—(*Incomodado.*) ¿Qué es eso de pastelera? Sepa usted que la señorita Inocencia es una jóven muy bien educada para ser pastelera; ¡muy virtuosa, y muy alta!.. mucho!....

Florinda.—(Cinco pies y seis pulgadas..... algun espárrago!)

D. Feliciano.—Unica heredera de mi amigo Toribio, que ha hecho toda su fortuna facricando esquisitos pasteles de riñones de conejo

Florinda.—(Sí, de los gatos de la vecindad.)

D. Feliciano.—Admirablemente educada. Es música.

Florinda.—(¡Una murguista hembra!)

D. Feliciano —Y hace versos...

Florinda.—Apuesto á que sus versos no la dan de comer.

D. Feliciano —Es cierto: ni á mi tampoco. Yo tambien los hago y no gano nada con ellos. De hoy mas, los haremos juntos. Aquí la llevó unos cuartetos que la he compuesto esta mañana. Oyélos.

Florinda—(Tengamos prudencia.)

D. Feliciano.—(*Leyendo.*) «Oye mis voces con benigno oido
Fúlgida estrella que en el cielo moras,
Yo aspiro á ser un fiel hijo de Cupido,
Porque me gustas tú y me gustan todas.»

Florinda.—(*Canta por lo bajo.*) (Me gustan todas, me gustan todas...)

D. Feliciano.—¿Qué te parecen?

Florinda.—Muy mal.

D. Feliciano.—¡Habráse visto la bachillera! ¡La culpa me tengo yo! ¿Qué entieude una cocinera de poesía? Hablemos del idioma del fogon.) Es preciso Florinda, que pongas hoy una soberbia comida. Mi futura y su padre nos acompañarán.

Florinda.—¿Será posible?....

D. Feliciano.—Procura que todo esté á punto: y ahora, cepillame el frac.

Florinda —Está bien, señor, se hará. (*Distraida, pasa la mano al frac de D. Feliciano, mientras ella se cepilla el trage.*)

D. Feliciano.—Y no vayas á hacer lo que el domingo, que echaste mostaza en las natillas.

Florinda.—Fué una distraccion, señor.

D. Feliciano.—(*Volviéndose de pronto.*) Distraccion!.... dí mas bien que el amor te trastorna la cabeza!...

Florinda —¡El amor! ¡Ay! ¡no señor¡ (*Con sentimiento.*)

D. Feliciano —¡Es verdad! ¿Quién ha de enamorarse de una cocinera! Yo no puedo mirar á una cara á cara. ¡Tienen las manos grandes y coloradas; el cutis negro, y exalan un perfume á cebolla y á peregil... que el diablo que lo aguante!

Florinda.—¿Qué dice uste señor? (*Incomodada.*)

D. Feliciano.—Nada: que al instante vuelvo. Arregla el almuerzo entre tanto, y procura hacer honor á tu amo agradando á su futura. Pronto vuelvo, adios. (*Vase.*)

ESCENA V.

FLORINDA.

Yo no puedo más... *(Sentándose.)* Esa pastelera ha venido á echar por tierra todos mis planes. ¡Yo, que me habia acostumbrado á mirar como mio todo lo del amo! A disponer de sus cosas y de su dinero como si fueran propiedad mia, verme ahora obligada á sufrir las impertinencias de esa lechuguina mal criada; de la hija del señor Pela-gatos... ¡Y no hay remedio!... ¿Qué puedo yo hacer, pobre sirvienta, sin otro patrimonio que mi buena cara, contra una señorita que hace versos y que es música?...—¿Y qué importa? Yo tambien sé guisar, y planchar, y hacer confituras... y pasteles, y sobre todo, tengo sobre mi amo derechos de antigüedad... (*De pronto y afligida.*) Es cierto, sí; pero no tengo dinero, y esto vale bien poco ó nada... (*Tirando la silla.*)

E SCENA VI.

FLORINDA, CATALINA *con una cesta, una perdiz y un periódico.*

CATALINA.—No se impaciente usted, hija mia; si he tardado un poco ha sido por traer una cosa de gusto· ¡Mírela usted qué hermosa es! Pero ¿qué es eso? ¿Qué tiene usted?

FLORINDA.—¡Nada!—(*Llorando: vuelve la cabeza y de pronto la retira.*)

CATALINA.—No por cierto; algo grave debe ocurrir, y yo quiero saberlo.

FLORINDA.—Pues sepa usted... (*Volviendo la cabeza.*)

CATALINA.—(*Alarmada.*) ¿Qué?

FLORINDA.—¡Nada! (*Apartándose.*)

CATALINA.—Hable usted, por Dios, criatura, que estoy con el alma en un hilo.

FLORINDA.—Pues bien: sepa usted que el amo... (*Muy vivo lo que sigue.*)

CATALINA.—¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

FLORINDA.—¡Ojalá!

CATALINA.—¡Cómo ojalá!

FLORINDA.—Digo, no, al contrario. Pues bien; sepa usted que el amo... ¡se casa!...

CATALINA.—¿De veras?... y ¿con quién?

FLORINDA.—Con una mujer.

CATALINA.—Me lo figuré. (*Con naturalidad.*)

FLORINDA —Y yo tambien. (*Id.*)

CATALINA.—(*Una pausa corta.*) ¿Y usted no ha podido averiguar quién sea ella?

FLORINDA.—Esa jovenzuela que es música y hace versos. La señorita Inocencia Lista.

CATALINA.—¿La pastelera?

FLORINDA.—La misma.

CATALINA.—No le arriendo la ganancia.

FLORINDA.—¿Por qué?

CATALINA.—Porque no hace diez minutos que acabo de verla del brazo de un mozalvete que no pude ver bien, pero que juraria á Dios y á una cruz que le conozco.

FLORINDA.—¿Y no recuerda usted quién pueda ser?

CATÁLINA. De cierto, no: pero el modo de andar, la estatura, y todo, juraria que es...

FLORINDA.—¿Quién?

CATALINÁ.—El señorito Ernesto.

FLORINDA.—¿El sobrino de D. Feliciano?

CATALINA.—El mismo.

FLORINDA.—(*Incomodada.*) Y el muy tunante cuando viene á casa no hacerme mas que echarme flores.

CATALINA.—Es un libertino; no, buen paso dará á la herencia de don Feliciano. Es preciso averiguar la verdad, y en seguida contárselo todo al tio.

FLORINDA.—No querrá creernos.

CATALINA.—O sí. Desde hoy me constituyo en centinela del portal de esa lechuguina; ya sabe usred que vive en esta misma calle, y en cuando atisbe que D. Ernesto entra en ella, aviso á D. Feliciano, va á allá y los sorprende juntos. (*Se oye un gran campanillazo.*)

FLORINDA.—¡Ay, es el amo! corra usted á abrir mientras yo voy á la cocina á disponer el almuerzo Me voy, no quiero verle. (*Coge la cesta y la perdiz y váse foro izquierda. Catalina va á abrir y sale foro derecha D. Feliciano furioso, blandiendo el paraguas y sin ver á la portera.*)

ESCENA VII.

CATALINA Y D. FELICIANO.

D. FELICIANO.—(*Remedando la voz de una mujer.*) «La señorita no puede recibiros...» Y luego aquella voz... aquella voz de hombre.—¡Ah! mujer estúpida, te prometo que el dia de mi boda te despido. (*Dirigiéndose al lado donde está la señora Catalina.*)

CATALINA.—A mí, señor, ¿por qué? (*Yendo hasta él muy afligida.*)

D. FELICIANO.—¿Quién es usted? (*Cogiéndola del brazo y trayéndola al proscenio.*)

CATALINA.—Catalina... la portera... (*Con miedo*)

D. FELICIANO.—¿Y qué hace usted aquí?

CATALINA.—He venido .. á traer á usted su periódico. (*Sacándole del bolsillo y dándosele.*

D. FELICIANO.—Venga. Retírese usted.

CATALINA.—(¡Qué cara! ¿Qué le habrá pasado? (*Subiendo hasta el fondo despacio y sin dejar de mirarle.*)

D. FELICIANO.—(Pero, señor, ¿de quién era aquella voz... Y yo la conozco, no hay duda.) Catalina Howar, oiga usted... (*Furioso la trae al proscenio.*)

CATALINA.—Me llamo Sotillo...
D. FELICIANO.—Lo mismo dá. Tome usted (*La dá una moneda*) y hable! ¡No me oculte usted nada, nada!...
CATALINA.—(Una moneda de dos pesetas y nuevecita... ¡si será falsa) Diga usted, señor, diga usted...
D. FELICIANO.—¿De quién era aquella voz? (*Furioso*)
CATALINA.—¿Cuál?
D. FELICIANO.—La que yo acabo de oir.
CATALINA.—¿En dónde?
D. FELICIANO.—¿En dónde, eh? (No sabe nada.) ¡Váyase usted!
CATALINA.—(¿De quién será esa voz, Dios mio? Si será falsa...) (*Sube despacio al fondo mirando la moneda*)
D. FELICIANO.—(Y el padre no estaba... ¡horror! dejar su hija á solas con un ..) Catalina de Médicis, oiga usted.
CATALINA.—(*Bajando asustada.*) Me llamo Sotillo.
D. FELICIANO.—Ya lo sé. Responda usted; ¿por qué no estaba en casa, á dónde habia ido?
CATALINA.—¿Quién?
D. FELICIANO.—El padre.
CATALINA.—¿Qué padre?
D. FELICIANO.—El padre de ella.
CATALINA.—¿Y quién es ella?
D. FELICIANO.—Mi futura esposa, la señorita Inocencia...
CATALINA.—¿La pastelera?
D. FELICIANO.—¡Insolente! ¡Váyase usted! (*Catalina se retira asustada.*) (Y aquella voz, yo la conozco... No hay duda, esa mujer me engaña.) Catalina Segunda, oiga usted.
CATALINA.—¡Sotillo, señor, Sotillo! (*Bajando otra vez.*)
D. FELICIANO.—Lo mismo dá. (*Dándole otra moneda.*) La verdad, nada mas que la verdad. ¿Usted cree que esa mujer me engaña?
CATALINA.—(*Como si estuviera en el secreto y con misterio.*) Yo no lo sé; pero hace poco la he visto entrar en su casa del brazo de un jóven.
D. FELICIANO.—¿De un jóven? ¡horror!
CATALINA.—Y ella le echaba unas miradas tan tiernas...
D. FELICIANO.—¿Tiernas eh? Basta, portera, basta. Se colmó la medida. Retírese Vd. (*furioso*).
CATALINA.—Pero señor... (¿Si será falsa?) (*Mirando la moneda*).
D. FELICIANO.—¡Al instante! ¡al instante! (*Empujándola*).
CATALINA.—¡Don Feliciano!
D. FELICIANO.—¡Sin replicar!.. (*Empujándola hácia el fondo.*)

ESCENA VIII.

DON FELICIANO.

¿Será posible que Inocencia me engañe?—¿De quién fiarse entonces si la Inocencia engaña? ¡No lo creo, no quiero creerlo! Y esa imbécil de portera atreverse á decir .. Pero señor, aquella voz... aquella voz... ¡Jesús! ¡Tengo toda la sangre en la cabe-

za!.. *(Levanta la mano y al pasarla por la frente se encuentra con el periódico que le dió Catalina.)* ¿Qué es esto? ¡Ah! mi periódico *El Diario de Avisos* quiero distraerme... repasaré la seccion de nodrizas, por si llego á necesitarlas con motivo de mi boda. *(Se sienta.)* Veamos. «Juana Garcia solicita cria para casa de los padres; es doncella y tiene personas que abonen su conducta.» Ser doncella y ama de cria... no lo comprendo; digo, si... no, señor, no lo comprendo.—«Una señora viuda cede su alcoba á un caballero solo,» ¡Ceder es!—«Se necesita una criada para todo.» ¡Para todo! qué horror... *(levantándose.)* ¡Florinda! ¿Dónde diablos se ha metido esta muchacha? . ¡Florinda!.. ¡Pero señor, aquella voz!.. Me engañará, Inocencia. Acaso la desagrada mi persona... ¡Florinda!

ESCENA ÚLTIMA.

D. Feliciano *y* Florinda, *que sale con una gorrita de encajes y alguna flor en la cabeza, y el mandil de cocinera: toda la escena debe decirla con cierta sonrisa maliciosa.*

Florinda.—Aquí estoy, señor.
D. Feliciano.—¿Dónde estabas?
Florinda.—Por allá dentro, disponiéndolo todo para el convite.
D. Feliciano.—Tira ese mandil, y escucha. ¿Crees tú que Inocencia me amará?
Florinda.—¿Y por qué no?
D. Feliciano.—(Respiremos.) Tu siempre has tenido buen gusto, Florinda.
Florinda.—¡Usted tiene un aire tan respetable!..
D. Feliciano.—¡Como respetable, *(Incomodado.)* ¡señorita! No tengo más que cuarenta años.
Florinda.—Cuarenta y cinco. *(sonriendo.)*
D. Feliciano.—Cuarenta, señorita.
Florinda.—Cuarenta y cinco... Acabo de verlo en la papeleta electoral que os han traido.
D. Feliciano —(He aquí las ventajas de ser elector.)
Florinda —¡Habia usted olvidado sus cinco primeros años, ¿eh? *(sonriendo)*.
D. Feliciano.—*(De pronto.)* Era tan niño entonces, que no tiene nada de particular.
Florinda —Y ademas me lo habian dicho ya.
D. Feliciano —¿Quién?
Florinda.— El señorito Ernesto.
D. Feliciano.—¿Mi sobrino?..
Florinda.—En estas palabras. «Mira, Florinda, tu eres una buena muchacha: cuida bien al bonachon de mi tio que es un pobre hombre...»
D. Feliciano —Como pobre hombre, ¡atrevido!..
Florinda.—«Haz que no emplee mucho de sus rentas, tiene cuarenta y cinco años, está muy gastado y no durará mucho tiempo.»
D. Feliciano.—¿Yo gastado, eh? ¡Habrá insolente!...

FLORINDA.—En cuanto yo le herede, te vestiré de seda, y te pondré muebles de caoba. .

D. FELICIANO —¿Muebles de seda y vestidos de caoba?... digo, no, al contrario. ¡Ah! tunante, ¿conque te ha dicho eso?

FLORINDA.—¡Sí señor!

D. FELICIANO.—¡Ah mal sobrino! ya puedes esperar esperar mi herencia sentado... (*Coge el sombrero.*)

FLORINDA.—¿Que tiene usted, señor?...

D. FELICIANO.—¿Qué? Que quiero que ántes de ocho dias la señorita Inocencia se llame mi esposa, y que mi querido sobrino se muera de rábia al saber mi boda, que le hace perder toda su herencia...

FLORINDA.—(¡Ay mis nervios, mis nervios!)

D. FELICIANO.—¿Qué tienes?

FLORINDA.—Nada, señor, nada. Decia que ya se le pasará á usted...

D. FELICIANO —Jamás; dame el baston. Quiero que la señorita Inocencia me dé antes de ocho dias, una gran cantidad de herederos... Media docena, por lo ménos, de pequeños y encantadores Pereiras.

FLORINDA.—(*Con rabia.*) ¿Media docena ántes de ocho dias?... no me estrañaria...

D. FELICIANO.—¿Por qué, imbécil?

FLORINDA.—Porque si una fuera á creer todo lo que se dice...

D. FELICIANO.—¿Y qué es lo que se dice?

FLORINDA.—Si yo quisiera hablar... Pero como no hablaré...

D. FELICIANO.—(¡Me hace temblar!) Habla, Florinda, yo te lo mando.

FLORINDA.—Pues se dice que la señorita Inocencia es... bastante ligera de cascos...

D. FELICIANO.—Ejem.. ejem... (*Tosiendo por disimular*)

FLORINDA —Y que su sobrino de usted, el señorito Ernesto!...

D. FELICIANO.—¡Ejem! ¡ejem! (¡Atrevida!)

FLORINDA.—Se encuentra muy bien con ella. Por lo cual no seria estraño que si usted no se hallara con el suficiente valor... se encargara el señorito Ernesto de suministrarle la media docena de pequeños y encantadores Pereiras...

D. FELICIANO.—Basta, pequeña víbora, basta. ¡Atreverse á insultar á la señorita Inocencia, cuando va á ser mi esposa...

FLORINDA —Esa *inocente* le hará á usted desgraciado .. le hará á usted... (*Levantando la mano.*)

D. FELICIANO.—(*Bajándosela.*) ¿El qué?

FLORINDA.—Eso: desgraciado.

D. FELICIANO.—Calle usted, bachillera.

FLORINDA.—Y lo habrá usted merecido.

D. FELICIANO.—¡Sal de aquí: te despido, te arrojo de mi casa!

FLORINDA.—(*Llorando*) ¿Cómo, señor, me echa usted de su casa?

D. FELICIANO.—¡Al instante! (*Paseándose.*)

FLORINDA.—Pero señor, yo no encontraré jamás colocacion. (*Saca el pañuelo y deja caer la carta.*)

D. FELICIANO.—No me importa.

FLORINDA.—¿Qué voy á hacer, señor? (*Siguiéndole.*)

D. Feliciano.—Haz lo que quieras. Hazte... nodriza ó ama de cria... ¡pero déjame en paz!

Florinda.—(*Parándole y con mucha naturalidad.*) Pero señor... si es que no sé tampoco...

D. Feliciano —(*Furioso.*) Se aprende, que no es tan difícil. (*Saca el reloj.*) Para que veas que soy generoso... te doy cinco minutos de tiempo para hacer tu eqnipaje... (*Repara en la carta.*) ¡Eh!... ¿qué es esto? ¡Una carta, y para mí! ¿Es este el modo que tiene usted de cumplir con su deber?—Es de mi amigo Pantaleon.—Veamos lo que me escribe:—«Mi querido amigo, en el momento de partir para Alcalá, á donde me llama un asunto urgente, he sabido que vas á casarte con la señorita Inocencia de Lista... ¡pobre amigo mio!» ¡Pobre! ¡ejem! ¡ejem!—(*Tosiendo.*)» El cariño que desde niños nos profesamos me impone el deber de enterarte de su posicion. Sabe, pues, que la señorita Inocencia sostiene relaciones íntimas con tu sobrino Ernesto.»

Florinda —(*Riendo canta por lo bajo.*)

«Me gustan todas,
me gustan todas.»

D. Feliciano.—¡Ejem, ejem! atrevida!... «Si te acepta por marido es solo por tu dinero, y está seguro que te hará llevar...»—¿Que me hará llevar, lo sabes tú Florinda?

Florinda.—¡No señor, pero me lo figuro!

D. Feliciano.—Sepámoslo. (*Volviendo la hoja de la carta.*) «Todo el peso de sus ligerezas. Tengo pruebas irrecusables. Aplaza tu casamiento hasta mi vuelta, si quieres ser el verdadero padre de tus hijos; te abraza de todo corazon,

tu amigo Pantaleon.—Aleluya.»

¿Será posible?... y no hay duda... un amigo de la infancia no podria engañarme hasta tal punto. ¿En qué lazo iba yo á caer?... (*De pronto.*) ¿Y bien, qué dices tú?...

Florinda.—(*Llorando.*) Nada, señor. Voy á hacer mi equipaje.

D. Feliciano.—No, quédate, te perdono. ¿Y qué hacer? qué partido tomar? Porque yo necesito indispensablemente media docena de Pereiras para hacer rabiar al tunante de mi sobrino. Siento en el pecho algo que me hace... ¡pim... pim!... La sangre me hierve, y siento la necesidad de un gran número de herederos. ¡Pero, Dios mio, dónde hallar una mujer?—¿Por qué lloras tú, puesto que te he perdonado, y que te quedas en casa?

Florinda.—No señor, prefiero marcharme al instante...

D. Feliciano.—¿Qué nueva locura es esta?

Florinda.—(*Llorando.*) Sí señor... usted va á casarse, á tener una mujer que quizá no le hará á usted dichoso, y esto me causaria mucha pena á mí... que me he acostumbrado á servir á usted y á amarle?...

D. Feliciano.—¿Qué dices?

Florinda.—(*Reponiéndose.*) A... amar á usted como a un señor bueno y cariñoso...

D. Feliciano.—(*Conmovido.*) ¿Es cierto? (Gran Dios, si esta mucha-

cha!... ¡pero cielos, una cocinera con las manos coloradas y feas!) (*Tomándole la mano.*) ¡Ay! ¡qué mano tan suave y tan linda!... (*Besándosela.*)

FLORINDA.—¡Caballero!... (*Retirándola.*)

D. FELICIANO.—(*Cambiando de tono.*) ¡Pero ¿qué estoy diciendo?... una cocinera... con el cuello negro... y las manos tiznadas... ¡Nunca, nunca, nunca!... (*Mirándola.*) ¡Jesús!... ¡y qué cútis tan blanco!... ¡qué hombros tan redondos... qué carita tan linda!... (*Abrazándola.*)

CATALINA.—¡Caballero!... (*Retirándose.*)

D. FELICIANO.—(*Alejándose.*) ¡¿Pero qué locura es esta?...—Y la verdad es que tiene un aire tan noble, y su mirada es tan espresiva... ¿Pero hacerla mi esposa?... Jamás, jamás, jamás... (*De pronto.*)—¿Y por qué no?...

FLORINDA.—¿Qué tiene usted, señor... en qué piensa usted? (*Acercándose á él con mucha dulzura.*)

D. FELICIANO.—Pienso... en aplastar al tunante de mi sobrino, y en vengarme de la pastelera... pienso, en fin, en ser el verdadero padre de mis hijos, si tú quieres ayudarme...

FLORINDA.—Ya lo creo... digo, sí es posible!...

D. FELICIANO.—Escucha Florinda, tus padres, que yo he conocido, eran unas buenas gentes. Tú has nacido casi en mi casa. Sé que eres una jóven honrada que harás la dicha de aquel que ames...—¡Florinda, me quieres por marido? (*Arrodillándose y con una entonacion dramática.*)

FLORINDA.—Yo?... señor?... una criada!...

D. FELICIANO.—Una criada no... una niña encantadora á quien quiero cubrir de sedas y de encajes, y de amor y de besos... (*Besándole las manos*).

FLORINDA.—¡Es decir, que no trasciendo ya á cebollas y peregil?... (*Sonriendo con malicia*).

D. FELICIANO.—Eh? qué? (*Volviéndose muy incomodado y como si hablara con alguno*). ¡A ver, ¿quién ha dicho eso?... Quién ha sido el imprudente?.. (*Abrazándola*). ¡Jesús, ¡y que olor tan rico á jazmines y claveles... Si es un ramillete de mil flores...—Florinda, dentro de ocho dias, la boda... (*Con entonacion dramática*).

FLORINDA.—¿Y qué van á decir su sobrino y su futura de de usted?

D. FELICIANO.—No me lo nombres; los detesto, los odio, y los maldigo: y á tí te adoro, te idolatro...—Dime, Florinda, ¿no sientes tú aquí, algo que hace pim... pim... (*Señalando el corazon...* ¿No sientes hervir la sangre en las venas?

FLORINDA.—(*Bajando los ojos*) Ay!... si señor!

D. FELICIANO.—Sí? ¿de veras?...—Entonces, Florinda, (*con tono magistral*). Tú serás nodriza, yo te lo prometo.

FLORINDA.—(*Asustada*). ¿Pues qué, señor, piensa usted todavía en echarme de casa?

D. FELICIANO.—No, angel mio, no: tú serás nodriza...

FLORINDA.—¿Qué dice usted?...

D. FELICIANO.—De nuestros hijos!...

FLORINDA.—(*Con candor*). Pero si no sé...

D. Feliciano.—¿No sabes, eh? (*Sonriendo*) (¡Pobrecita!... tiene razon. ella que sabe!...) No temas Florinda mia, yo te enseñaré.

Florinda.—¿Cuándo?

D. Feliciano.—Cuándo eh?... Jé... jé... (*Riendo.*)—El dia de la boda!

Florinda.—*Al público.*

Del fogon al estrado
pasé de un vuelo;
hoy mi estrado quisiera
hacer un cielo,
y este milagro
podeis hacer vosotros
con un aplauso.

FIN.